

## LITERATURA Y HUMANISMO EN HERNAN CORTES

EN un trabajo anterior <sup>1</sup> ya señaló someramente una serie de rasgos renacentistas que aparecían en el Conquistador de México, empezando por la misma forma elegida para llevar a cabo sus relaciones: la carta, así como la tan reiterada utilización de latinismos en un intento de expresión culta, o su valoración de la naturaleza que no se manifiesta en una descripción, sino a través de un rasgo calificativo que por su escasez a lo largo del relato, logra llamar la atención del lector <sup>2</sup>. Aún más, adopta con respecto a las leyes actitudes humanistas de filiación erasmiana. En mi pasado estudio, sin embargo, quedaron algunos temas sin precisar (por falta de espacio y tiempo), como la actitud literaria de Cortés y su evolución respecto al concepto de rey y religión, aspectos que paso a tratar a continuación.

En cuanto a lo literario, existe una continua preocupación en el conquistador por la expresión, y llega a coincidir con el humanismo renacentista, puesto que éste busca «la naturalidad» como «forma

---

<sup>1</sup> "Las Cartas de Relación y el renacer literario". *Revista de Indias*. (junio 1985), julio-diciembre, 1984, vol. XLIV, n.º 174.

<sup>2</sup> "Otro día comencé a caminar por la costa de una laguna adelante, por buscar paso para pasar a la otra parte de ella, porque parecía gente y pueblos; y anduve todo el día sin se hallar cabo ni por donde pasar, y ya que era hora de vísperas vimos a vista un pueblo muy hermoso y tomamos el camino para allá". Hernán CORTES: *Cartas de Relación*. México. Porrúa, 1973, pág. 181. Cuarta Carta. 15 octubre 1524.

suprema de espíritu <sup>3</sup>. Dicha naturalidad en cuanto que se basa en la imitación de la Naturaleza, es una búsqueda al mismo tiempo de verdad y perfección. Verdad, perfección y naturalidad que plasma Cortés en sus escritos al disculparse reiteradamente por su quizás carencia de dotes literarias (lo que implica a su vez un intento de perfeccionamiento), excusas que irán disminuyendo con el tiempo — tanto si fue por la propia valoración de sus escritos, como por la costumbre de escribir al emperador—, pero que son continuas en la segunda carta: «Me esforzaré a decir a vuestra alteza lo menos mal que yo pudiere, la verdad y lo que al presente es necesario que vuestra alteza sepa y asimismo suplico a vuestra alteza me mande perdonar si todo lo necesario no contare el cuándo y cómo muy cierto» <sup>4</sup>. La claridad y la brevedad (lo necesario) eran por su parte características de la épica, aspecto al que volveré más adelante. La naturalidad de que vengo hablando había de ajustarse en palabras de Valdés, a una expresión adecuada, es la siguiente normativa: «escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir». Ante la característica que podemos ver en Cortés, cuando la maravilla de lo que ve, se extasía y antes que describirlo, prefiere hacer uso de la ponderación y referirse casi exclusivamente a los hechos: «porque para dar cuenta, muy poderoso señor (...) de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran civadd de Temixtitán, del señorío y servicio de este Mutezuma (...) y de la orden que en la gobernación así de esta ciudad como de las otras que eran de este señor, hay, sería menester mucho tiempo y ser muchos los relatores y muy expertos; no podré yo decir de cien partes una (...), mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi, que aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender» <sup>5</sup>.

Cortés adopta en la narración un claro sentido de lo épico en cuanto que trata de ajustar los hechos, sin extenderse con el fin de

<sup>3</sup> ABELLAN: *Formación de la teoría literaria moderna. Tópica horaciana. Renacimiento europeo*. Madrid, Cupsa ed., 1977, pág. 160.

<sup>4</sup> H. CORTES. Op. cit., pág. 31. Segunda Carta, 30 octubre 1520.

<sup>5</sup> VALDES: *Diálogo de la lengua*. Madrid. Saturnino Callemja, 1919, pág. 216.

lograr la expresividad clásica de orden, equilibrio y claridad, de tal manera que él mismo señala que si algo le falta a su narración «será antes por corto que por largo», y añade que se debe a su intento de «decir muy claramente la verdad» <sup>6</sup>. De esta manera Cortés, a través de ese «decir la verdad» y al mismo tiempo alejarse de la realidad, en cuanto que los mismos que la padecen no la reconocen («no las podemos con el entendimiento comprender»), logra introducir en la epopeya realista rasgos que apuntan a lo fantástico. Esta fantasía que puebla distintas secuencias de la segunda carta, se pierde casi totalmente en la tercera, y tan sólo aparecerá de nuevo en algunos pasajes, como ocurre en la cuarta relación, donde, al hablar de las islas de las mujeres, olvida lo puramente real o guerrero (la acción) y pasa a pensar en el hecho mismo de la narración, para agrado del lector: «Yo trabajaré (...) de saber la verdad y hacer de ello larga relación a vuestra majestad» <sup>7</sup>.

La plasmación de lo fabuloso o lo fantástico se puede advertir en la descripción del mercado azteca, que contrasta con otra descripción de ese mismo mercado, pero ya con la presencia española, la realidad, el sufrimiento parece que han quebrado los sueños visionarios y fantásticos, de tal manera que raramente se dirigirá al rey en los siguientes términos: «Y no le parezca a vuestra majestad fabuloso lo que le digo» <sup>8</sup>. En mi opinión, para Cortés su primera estancia en la capital azteca fue la vivencia de esa «edad de oro» inalcanzable que buscaban los humanistas en la antigüedad, con todo lo que conllevaba de fantasía y avalado por el estado supuestamente ingenuo, «natural», de la civilización azteca (a la que admira en muchos aspectos, como es el caso del respeto que los indios muestran a Moctezuma).

En citas anteriores destaca también otro de los caracteres literarios renacentistas: la importancia del lector que se hacía derivar de la poética horaciana, en cuanto a la unión de intereses, dentro del relato, entre retor/auditorio. A dicho auditorio se le confería una capacidad de reacción o coprotagonismo que determinaba la misma

---

<sup>6</sup> Id., pág. 62.

<sup>7</sup> Id., pág. 184. Cuarta carta.

<sup>8</sup> Id., pág. 61. 2.ª carta.

expresión (elocutio) de la escritura. En las relaciones de Cortés es constante la preocupación por la presencia del rey, que se encuentra no sólo en esa especie de diálogo/monólogo que caracteriza a sus escritos, sino también en el uso de los vocativos, utilizados con el fin de retomar una acción ya pasada, a través de un llamamiento a la atención <sup>9</sup>. Esta presencia del rey se amplía a un lector individualizado, dadas las disculpas continuas con respecto a su forma de escribir y que él mismo justifica ateniéndose a la normativa de lo correcto, lo breve, lo verdadero. La importancia del auditorio viene dada también por la preocupación de Cortés para actualizar y dramatizar la acción, lo que intenta conseguir a través del cambio de tiempo verbal pasado por un presente, y del uso de parlamentos plasmados directamente (Cortés, a sus soldados; Moctezuma, a Cortés; Moctezuma, a sus súbditos, etc.) o indirectamente por medio de expresiones: yo dije, le dije, me respondió, le satisface diciendo, etcétera, efectos que «teatralizan la acción y dan plasticidad a lo narrado».

Precisamente es a través de palabras y acciones como logra Cortés describir a sus «personajes»; de ahí la importancia de estos «parlamentos» por cuanto que se producen en base a la caracterización de aquéllos. Si lo que dicen los que actúan es decisivo para acciones futuras y las determinan, los discursos serán directos, si es una narración, serán indirectos, como más usuales. La caracterización a través del discurso es anecdótica en el caso de Francisco de Garay, y este caso es sumamente significativo, en cuanto que se describe éste a través de una carta escrita al Alcalde Mayor (un ejemplo más de la igualdad que existe para Cortés entre lo que se dice y lo que se escribe); en dicha carta Garay se muestra un tanto irónico con el conquistador de México, y señalaba que «él no hallaba aparejo para se ir, por no haber hallado sus navíos perdidos, que se le habían perdido seis navíos, y los que quedaban no estaban para navegar (...) me hacía saber que su gente se ponía con él en debate y pleitos (...) que no bastaban todas las diligencias que se hacían para detenerle la gente, que anochecían y no amanecían, porque los

---

<sup>9</sup> Así, después de narrar los hechos de Francisco de Garay en la segunda carta, que le quedan un poco lejanos, utiliza el vocativo y el pronombre de 1.ª persona para que se vuelva a un semipresente en la acción: "Yo fui, muy poderoso señor, por la tierra y señorío de Cempoal...", pág. 34.

que un día le entregaban presos, otro día se iban en poniéndolos en libertad, y que le aconteció desde la noche a la mañana faltarle doscientos hombres (...) que le rogaba muy afectuosamente no se partiesen hasta que él llegase, porque él quería venir a verse conmigo a esta ciudad, porque si allí lo dejaban pensaría de ahogarse de enojo»<sup>10</sup>. Caracterización a través de la misma carta que escribe el personaje y que abunda en la opinión cortesiana de la escritura como verdadera manifestación del espíritu.

Con respecto a la disposición clásica, la ordenación del tiempo y los acontecimientos que forman la estructura de la obra, Cortés sigue a la narración histórica, pero dispone hábilmente los hechos, con el fin de lograr el favor del lector. Así retrasa la descripción de la ciudad de Tenochtitlán y la sitúa antes de la llegada de Pánfilo de Narváez, como forma de valorar aún más la acción de Cortés y lo que se perdió. Esta descripción se sitúa en un momento de distensión narrativa, en cuanto que se ha solucionado y aceptado la entrada de los españoles (tan sólo latente un ligero rechazo); acciones de Capolpoca y Cacamatzin). Cortés es consciente de esta distensión en cuanto que vuelve a referirse al rey, y es en este momento cuando se disculpa por su incapacidad para narrar la maravilla de México. De la misma forma, una vez introducidos en territorio azteca, logra mantener la tensión del peligro al plasmar las opiniones de sus compañeros: «no había tal de nosotros que no tuviese mucho temor por nos ver tan adentro en la tierra y entre tanta y tal gente y tan sin esperanzas de socorro de ninguna parte, de tal manera que ya a mis oídos oía decir y casi público, que había sido Pedro Carbonero, que los había metido donde nunca podrían salir»<sup>11</sup>. Así en la misma estructura de la obra podemos encontrar una de las características del clasicismo renacentista: la conmoción (Horacio) lograda a través de los elementos purificadores de temor y ternura, que debía provenir básicamente «de la misma construcción literaria y no por otros artificios»<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> H. Cortés. Op. cit., págs. 188-89.

<sup>11</sup> Id., pág. 39. 2.ª carta.

<sup>12</sup> GARCIA BERRIO: *Introducción a la poética clasicista. Cascales*. Barcelona. Ed. Planeta, 1975, pág. 140.

Con respecto a la Naturaleza, Cortés no se detiene en la descripción (con excepción de la capital azteca), sino que ofrece una visión panorámica, de conjunto, siempre en relación con una acción, dado que lo que le interesa del paisaje es la ambientación y, dentro de él, los pueblos, las casas, porque en ellas se encuentra la gente. Por tanto, su mirada descriptiva va de la extensión a lo menudo, que es el hombre objeto de su estudio: «Entré en una provincia que se llama Sienchimalsn, en que hay en ella una villa muy fuerte y puesta en recio lugar, porque está en una ladera de una sierra muy agra (. ..). En lo llano hay muchas aldeas y alquerías» <sup>13</sup>, y en otro lugar «Al cabo de estas tres jornadas pasamos otro puerto, aunque no tan agro como el primero, y en lo alto de él estaba una torre pequeña casi como humilladero, donde tenían ciertos ídolos (...) y a la bajada de dicho puerto, entre unas sierras muy agras, está un valle muy poblado de gente». Por tanto, más que de descripción podemos titularlo de «ambiente».

En la evolución del pensamiento religioso de Cortés podemos determinar tres fases: una primera en que la religión no está «interiorizada» (hasta la tercera carta inclusive), sino que es simple repetición formularia, una segunda fase en que se produce cierta tendencia que me atrevería a llamar erasmista (la cuarta relación) y que se manifiesta en una primera crítica a la prelatura corrompida y una defensa de la pureza religiosa, que tiene su origen en el contacto de Cortés con los pueblos indígenas. La crítica es manifiestamente anticlerical y se dirige básicamente a la jerarquía: «y yo escribo siempre que nos provean de España, y vuestra majestad ha sido servido que no haya obispo que nos lo impida» <sup>15</sup>. Y más adelante señalará los desmanes de «obispos y otros prelados», y más abajo, «prelados y otras dignidades» <sup>16</sup>. La pureza de la religión se encuentra para Cortés en los «frailes», como él mismo dice, hasta el punto de pedir al rey que a su vez ruegue al Papa que los «subdelegados» que envíe a Nueva España sean de las «dos personas principales de religiosos que a estas partes vinieren, uno de la Orden de San Francisco; otro, de la Orden de Santo Domingo, los cuales

---

<sup>13</sup> H. CORTES, op. cit., pág. 34.

<sup>15</sup> Id., pág. 198.

<sup>16</sup> Id., pág. 203.

tengan los más largos poderes»<sup>17</sup>, con el fin de evitar cualquier otra ingerencia jerárquica que no sea el Papa, en favor de una mayor libertad.

En esta segunda fase, Cortés interioriza la religión, está en proceso de cambio, en cuanto que se preocupa por la situación de la conciencia de cada uno, estando «tan lejos de los remedios» y «como humanos tan sujetos a pecado». Por último, ya señalé que en la quinta carta de relación Cortés ha asimilado totalmente su propia evolución, y de la mera repetición formulística y su atenerse a la normativa, pasará a un providencialismo que se combina a un sentido del conocimiento de la debilidad humana, con lo que se vuelve a cierto espíritu evangélico.

En relación con su sentido de «religión», se encuentra su valoración del indígena, al que considera como «infiel», si bien en alguna situación determinada lo eleva por encima de los pueblos africanos del Norte. Con respecto a este tema, hay que hacer una serie de aclaraciones. En primer lugar, la importancia del clasicismo llega a ampliarse con los humanistas a la «Antigüedad», cuyo valor como modelo «no se ejerció sólo como imitación de formas y resultados concretos, sino, sobre todo, de los «procesos humanos» que facilitaban aquéllos»<sup>18</sup>. Este valor de lo clásico lo atribuirá Cortés a la sociedad azteca, a la que hace digna de comparación con la «Antigüedad»: «A cada cosa tienen su ídolo dedicado, al uso de los gentiles que antiguamente honraban a sus dioses»<sup>19</sup>. Esta valoración viene a sumarse al sentido de «infiel», si bien Cortés eleva por encima de éstos a los aztecas, fijándose básicamente en rasgos culturales y de organización<sup>20</sup>. Por tanto, adoptará hacia ellos una actitud distinta dado que «eran de mucha más capacidad que no los de las islas, que nos parecían de tanto entendimiento y razón cuanto a uno

<sup>17</sup> Id., pág. 204.

<sup>18</sup> GARCIA BERRIO: *Formación de la teoría literaria moderna. Tópica horaciana. Renacimiento europeo*. Madrid. Cupsa editorial, 1977, pág. 30.

<sup>19</sup> H. CORTES, op. cit., pág. 65.

<sup>20</sup> "Era necesario más espacio del que yo al presente tengo para los relatos, y aún mejor memoria para los retener, porque ninguno de los soldanes ni otro ningún señor *infel* de los que hasta ahora se tiene noticia, no creo que tantas nitaes ceremonias en su servicio tengan". (H. CORTES, op. cit., pág. 68).

medianamente para ser capaz»<sup>21</sup>. No hay que olvidar que uno de los rasgos humanistas fue la valoración de lo profano, la Arcadia y la idealización de los pueblos primitivos (Abellán). Admira Cortés el poderío de Moctezuma, lo que le hace otorgar un valor mayor al rey azteca, que se traducirá posteriormente en un respeto hacia su pueblo: «era tan temido de todos, así presentes como ausentes, que nunca príncipe del mundo lo fue más»<sup>22</sup>. Este valor se traducirá posteriormente en un respeto hacia su pueblo, de tal manera que no hará esclavos a los prisioneros de guerra, práctica que parece tomar Cortés de las costumbres aztecas en las batallas.

Con respecto al rey, va pasando Cortés de una simple subordinación al gobernante, en el que confía como plena «autoridad», a una actitud de consejero, basado fundamentalmente en la aceptación del error por parte de aquellos que de una forma u otra ostentan el poder. Esto que manifiesta en «teoría», se convierte en crítica velada de sus determinaciones, con lo que abandona el primer tono medievalista de sumisión al pleno poder. La sumisión, por supuesto, seguirá apareciendo, pero ya con la discusión de las órdenes. Es decir, a partir de la cuarta carta de relación, se produce el rechazo de ese «criterio de autoridad» que pudiera representar el rey, y valora por encima de ello su propia experiencia. En el proceso de la evolución del humanismo en España se ha señalado que el valor de la experiencia (frente a la autoridad) comienza a aplicarse «a términos religiosos», pero «es algo que pasará también a otras esferas»<sup>23</sup>. Cortés lo aplicará directamente a la cuestión económica y política, enfrentándose a las provisiones del rey, si bien le excusa por faltarle precisamente la experiencia: «Mas como las cosas juzgadas y proveídas por ausencia, no pueda llevar conveniente expedición, por no poder comprender todas las particularidades del caso, hay en esto muy gran dificultad».

Desde el punto de vista literario, Cortés nos muestra a través de sus escritos verdaderos hallazgos, un estilo peculiar que acierta sobre todo en dos aspectos: el interés que otorga a 'la acción (todo

---

<sup>21</sup> H. CORTES, op. cit., pág. 66.

<sup>22</sup> H. CORTES, op. cit., pág. 67.

<sup>23</sup> ABELLAN, op. cit., pág. 79.

se describe en relación a ésta) y el interés que otorga a los diálogos (discursos). Ya había señalado Arturo Capdevila que «Escribía Cortés de un modo llano, elegante y sencillo. Pueden señalarse como dignísimas de encomio no pocas descripciones de verdadero esplendor literario. Y realmente es pamosa la claridad, la tersura de este autor a quien tendríamos que llamar autor epistolar»<sup>24</sup>. Si en cuanto al estilo Cortés, hombre más renacentista que medieval, en cuanto al pensamiento presentará rasgos humanistas, así se demuestra en su visión del indígena (que no sufrirá una gran evolución) y en su visión de la religión y del rey que irá cambiando hacia fórmulas menos tradicionales.

**ROCIO OVIEDO y PEREZ DE TUDELA**

*Universidad de Madrid*



<sup>24</sup> CAPDEVILA, Arturo: "Nuevo Mundo y Nueva Clio. *Revista Iberoamericana*, números 41-42, vol. XXI. Enero-Diciembre 1956, pág. 301.